

RAÚL
GARBANTES

NO
CONFIARÉ

UN RELATO POLICÍACO DE ASESINATOS, MISTERIO Y CONSPIRACIONES

SERIE
REBECA
OLSEN



NO CONFIARÉ

REBECA OLSEN Nº 1

RAÚL GARBANTES

Copyright © 2020 Raúl Garbantes

Producción editorial: Autopublicamos.com
www.autopublicamos.com

Diseño de la portada: Giovanni Banfi
giovanni@autopublicamos.com

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, incluyendo fotocopia, grabación u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin la previa autorización por escrito del autor, excepto en el caso de citas breves para revisiones críticas, y usos específicos no comerciales permitidos por la ley de derechos de autor.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, instituciones, lugares, eventos e incidentes son producto de la imaginación del autor o usados de una manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, o eventos actuales, es pura coincidencia.

Redes sociales del autor:





Obtén una copia digital GRATIS de Los desaparecidos y mantente informado sobre futuras publicaciones de Raúl Garbantes. Suscríbete en este enlace:

<https://raulgarbantes.com/losdesaparecidos>

PARTE I

LA CALLE ESTABA DESIERTA.

El tacón de una de sus botas tropezó con una losa rota, pero Melissa maniobró con fugaces reflejos. No quería caerse, porque su amigo Thomas debía de estarla mirando aún, aunque ya estuviese lejos. Todo le había salido bien aquella noche. A última hora decidió acompañar al grupo al cine, fue una de esas cosas que se resuelven sin pensarlo mucho por el simple hecho de haber escuchado a alguien elogiar la película.

Después del traspie sin consecuencias, continuó caminando hacia la boca del metro cuando la señal del paso de peatones cambió a verde.

Se cerró el abrigo al sentir una ráfaga de viento helado en el momento en que unas luces la iluminaron con violencia; provenían de un auto que se acercaba.

—¿No has visto la señal de stop? —preguntó Melissa en voz alta.

Luego pensó que sería alguien insensato que frenaría de forma brusca al tenerla más cerca. A pesar de que el vehículo continuaba acercándose, Melissa siguió caminando. De pronto, otra oleada gélida le pegó en la cara y escuchó que el automóvil aceleró. Era como si el conductor tuviese la intención de acabar con ella; entonces, el creciente ruido del motor la puso nerviosa. Se detuvo por un instante. Lo hizo sin razonar que quedarse paralizada era peor. Luego, en una fracción de segundo, pensó en volver atrás, pero no lo hizo. Corrió hacia adelante y de nuevo la bota le jugó una mala pasada y cayó en la mitad de la vía. A esas alturas ya sabía que la iban a atropellar, y sus pulmones se quedaron sin aire por la impresión que esa idea le causaba.

El auto venía a toda velocidad y pasó sobre ella. Se oyeron gritos a lo lejos.

Alguien repetía: «la ha matado», «es una asesina»; mientras tanto, el cuerpo de Melissa yacía inmóvil sobre el pavimento.

Dentro del auto que acabó con la vida de Melissa Coleman se escuchaba la radio a todo volumen. Pero luego —cuando atravesaba el puente sobre el río Potomac— la conductora la apagó y llamó a alguien para decirle dos palabras:

—Está hecho.

Después cortó, puso el celular en la guantera y sonrió. Estaba calculando cuánto crecerían sus ahorros. Volvió a encender la radio porque quedaban unas cuantas horas de camino y no quería dormirse.

ALGUNAS VECES ES difícil pensar en el principio. Sin embargo, podría decir que todo empezó en el justo momento en que le escuché decir al veterano periodista Norman Jackson aquellas palabras en la cena del cumpleaños de Anita Lansbury.

—Una conversación casual puede ser determinante... —había dicho mientras se acomodaba en la silla del comedor.

Me sentía bien estando con ambos, y a solas. Era una celebración para tres; Anita, quien además de haber sido mi profesora ahora era una buena amiga, el periodista del Washington Post y yo. A Jackson acababa de conocerlo y lo había imaginado diferente, puede que más viejo. Resultó ser un hombre menudo, de abundante pelo negro, ojos verdes y el rostro muy tostado por el sol. Anita aquella noche en su casa estaba como siempre; arreglada y desenvuelta, vistiendo un traje verde oscuro que resaltaba su bonito pelo rubio y luciendo un prendedor ovalado de marfil que me llamó la atención. Recuerdo que esa noche terminamos hablando de los escándalos políticos que habían sacudido a Washington y confesé —después de varias copas— que tenía en el estudio de casa un cartel que yo misma ideé con la lista de todos ellos. Desde los escándalos sexuales hasta los de evasiones fiscales, pasando por los de corrupción, mal manejo de recursos y contrabando de armas. Aquellos eran de mis temas preferidos y sabía que también eran los de Norman Jackson.

Lo supe antes de conocerlo porque había revisado su historial en el Washington Post y, si uno investigaba bien, siempre salía a relucir su nombre tras los rumores de los delitos de cuello blanco. Aunque yo trabajara en la revista Polis escribiendo artículos sobre política que nada tenían que ver con tales sucesos, siempre intenté mantenerme al tanto de lo que se «cocía» en las altas esferas del Senado y de los ministerios porque desde adolescente he sabido que las cosas que suceden en la ciudad capital casi nunca son lo que parecen, y que muchos accidentes, crímenes y siniestros tienen una conexión común: las manos ocultas de los poderosos que mueven los hilos.

Fue esa noche de la cena cuando conocí lo que Jackson llamaba la Black Key: una pavorosa red criminal que utilizaba información para extorsionar a varias personalidades y organizaciones políticas.

Lo que él estaba diciendo era grave porque tocaba el propio corazón del Gobierno de los EE. UU. Los informes de WikiLeaks alertaban de la existencia de una filtración en la

agencia llamada Kramer Team, la empresa privada de inteligencia más importante, filtración que a juicio de Jackson había dotado a un grupo anónimo de delincuentes de cuello blanco de información clave que utilizaban para «orientar» las decisiones políticas y económicas de gran envergadura a su favor, o en función de lo que pagaran sus «clientes». En otras palabras, Black Key se trataba de un grupo de alto nivel operativo y sin escrúpulos ligado al Gobierno que vendía información a grupos poderosos, que extorsionaba a lavadores de dinero y a grandes corporaciones que cometían delitos de todo tipo. Jackson lo había bautizado con ese nombre porque era como una llave maestra que abría todas las puertas usando los peores secretos que la gente es capaz de guardar.

No pude quedarme tranquila después de aquel perturbador encuentro con el amigo de Anita y construí mi propia teoría sobre el asunto durante los meses siguientes. Recuerdo que me pareció extraño el repentino silencio de Jackson y llegué a pensar que a él también lo habían extorsionado, ya que no solo no volvió a escribir del tema en ninguna otra investigación, sino que se desdijo, y afirmó que no había sido muy responsable al momento de hablar de la Black Key. Eso me había dicho Anita varios días después de su cumpleaños.

—Querida Rebeca, la pasé muy bien en casa contigo y con Norman, y quería agradecerte. Aunque ha pasado algo realmente interesante. Jackson me ha llamado justo ahora para decirme que lo excuse contigo, que olvides la conversación que sostuvimos porque estaba borracho y no sabía lo que decía. ¿Te imaginas? Creo que le están pegando los años...

Cuando corté la llamada con Anita, recuerdo que pensé que la Black Key lograba callar a cualquiera, y lo peor era que no se sabía quién la dirigía.

Confirmé mis sospechas aquella mañana de la conferencia de Anita, seis meses después de la cena de su cumpleaños, cuando Katya —mi amiga del Times— me llamó para hablarme de la repentina muerte de Melissa Coleman.

—¿CÓMO sabías que le iba a pasar algo malo al asesor Benjamín Coleman? Agradece que no te presto mucha atención después de varios gin y que no soy del FBI, porque ahora mismo serías la primera sospechosa. No sé cómo pudiste vaticinar lo que...

—¿De qué estás hablando, Katya? —le pregunté, parándome en seco junto a los bancos del caminito que conducía al edificio donde tendría lugar la conferencia de Anita, en el campus universitario.

—¿No recuerdas lo que me dijiste hace un par de noches cuando visité Washington? Me refiero a lo de tu teoría conspirativa. Me burlé de ti, pero ahora no lo hago. Antes de irte del bar te acercaste y me dijiste al oído: «Algo va a pasarle a Benjamín Coleman». Y tenías razón, algo le pasó. Nos acaba de llegar la noticia al periódico de que atropellaron a su hija anoche y murió, así que tenemos que hablar por videollamada...

—Está bien, Katya —la interrumpí, siguiéndole la corriente y todavía asombrada por lo que contaba—. Ahora no, pero en cuanto pueda te llamo —le prometí y corté.

Katya dice que siempre quiero ver los «hilos ocultos» que en realidad no existen porque me niego a aceptar que la realidad es muy aburrida. Pero la muerte de la hija del asesor clave de la Comisión me daba la razón y necesitaba que alguien me tomara en serio. No podía contar con Norman Jackson. Muchos decían que algo grave le había pasado, pero nadie sabía con certeza qué. Había pedido un permiso y ni siquiera estaba en la ciudad.

Pensé que la red de soporte a actividades ilícitas de la que me habló ahora estaba atacando a quienes podían denunciar malos manejos de la información privada de los ciudadanos. No tenía ninguna prueba, pero no podía negarse que era muy extraño que al miembro más importante de la Comisión Asesora para la Seguridad de la Información se le viera envuelto en una tragedia. Ya le había pasado a la asesora anterior, a Deborah Clayton, quien casi muere en un incendio nocturno inexplicable en su propia casa. Una serie de accidentes inusuales habían venido sucediéndoles a personas cercanas a los miembros de esa comisión gubernamental y por ello vaticiné que algo le pasaría a Coleman.

Recuerdo que metí el celular en el pequeño morral negro que cargaba, pero lo hice de manera automática. En realidad, pensaba en mi hermana Rose. Ella me hubiese dicho que no expresara todo lo que sabía de un solo golpe —o algo así— porque solía ser

peligroso. No recordaba haberle contado a Katya nada sobre Coleman, pero era cierto que había tomado algún trago de más aquella noche y estaba particularmente habladora.

Sentí un escalofrío y todo mi cuerpo se movió con un espasmo sin quererlo. Una chica que caminaba a mi lado en la calle me miró, dibujó una sonrisa burlona y luego apresuró el paso.

Me detuve y me quedé mirándola alejarse, y al hacerlo escuché un ruido muy cerca de mí. Otra persona, hasta ese momento silenciosa, venía pisándome los talones. No me fijé en su cara ni en su cuerpo, solo vi unos jeans negros moverse y pasar de largo. No me gusta sentir que alguien camina detrás, tan cerca, como si me estuviese persiguiendo y me fuese a atacar.

La verdad es que llevaba varias semanas creyendo que me vigilaban y ese día lo había sentido más que nunca.

A LOS POCOS minutos llegué al edificio. Crucé la puerta y busqué la antesala del salón de conferencias. Me recibió un afiche con la cara sonriente de Anita. En un fondo azul claro ella vestía de negro y tenía los brazos cruzados. Siempre tuvo buena imagen, pero la veía envejecida. Me pareció que su rostro mostraba ojeras maquilladas.

Pasaron varias personas que hablaban y reían. Como esperaba, la antesala estaba llena de alumnos de los primeros años de la carrera de periodismo, a juzgar por su apariencia. En medio de aquel movimiento pude divisar la mesa de inscripción. Allí estaba sentada una chica que vestía una blusa blanca que parecía nueva y usaba unos lentes rojos que terminaban en puntas hacia arriba. Me acerqué a ella y noté (no sé por qué) que de una de sus orejas colgaba un pendiente plateado en forma de lazo, pero en la otra no había nada. De inmediato, y sin quererlo, miré hacia abajo y vi en su cuello la cinta azul que sostenía la identificación de «organizador». Entonces supe lo que pasó: al ponerse la cinta se había desprendido el pendiente, y como de seguro era la primera vez que participaba como organizadora de una conferencia, estaba nerviosa y ni siquiera notó la caída. Imaginé que debía estar cerca, así que miré la superficie de la mesa, llena de carpetas, bolígrafos y hojas, y también hacia el piso. Allí, junto a la pata negra de la silla que ocupaba vi el otro pendiente. Por cosas así es que siento que mi hermana Rose siempre está junto a mí aunque no la haya visto en dieciséis años. Porque de ella aprendí ese razonamiento deductivo que nunca me abandona.

—Hola. ¿Va a inscribirse? —preguntó con una voz bastante aguda que parecía provenir de una niña y no de una chica de veintitantos. Noté que el flequillo rojo caía sobre sus cejas y amenazaba con llegar hasta sus ojos azules, bajo los lentes. Involuntariamente aparté un poco algunos mechones de mi frente.

—Sí —le respondí mientras flexionaba mis rodillas y recogía lo que se le cayó.

—¡Ahhh, gracias!... de verdad. No me había dado cuenta. Es que he tenido mucho trabajo y debí de botarlo por accidente. Ya no sé ni dónde tengo la cabeza. La profesora Ana Lansbury debía buscarme anoche para ultimar unos detalles, pero nunca apareció y hemos tenido que hacerlo todo hoy mismo...

—Soy Rebeca Olsen, de la revista Polis —la interrumpí.

—Ese nombre me suena. Creo que la profesora la ha incluido en la lista de asistentes especiales —me dijo mientras revisaba la pantalla de la computadora portátil que tenía

sobre la mesita de inscripción—. ¡Así es! Aquí está en la lista. Le voy a decir a Amanda para que la conduzca a su asiento reservado. Deben darse prisa porque ya la conferencia va a comenzar.

Volví a asentir, y aproveché de sacar el celular del morral para buscar la noticia de la hija de Coleman mientras llegaban por mí.

A las nueve y media de la noche de ayer domingo, a la salida del Pastrami Café, un auto atropelló a Melissa, la hija del asesor Benjamín Coleman, y luego se dio a la fuga. Melissa, de quince años, salía del cine con varios amigos y decidió ir andando a la boca del metro de Dupont Circle, por lo cual se despidió del grupo, y cuando cruzó la avenida Connecticut fue atropellada...

Sentí otro escalofrío. Había una razón por la cual esa pobre chica había muerto, y yo la sabía.

—Me acompaña al salón, por favor —me dijo una muchacha alta de ojos negros y pestañas rizadas que se había acercado sin que me diera cuenta, y que me miraba como si notara que yo estaba aterrada.

Entonces observé mi propio reflejo en uno de los ventanales. El brillo de mis lentes pequeños y redondos me hacía ver como si tuviera ojos de gato, pero me sentía más bien como un ratón atrapado. Me asusté todavía más porque detrás de mi imagen advertí la de un hombre mirándome.

LA SALA ESTABA llena de gente.

La chica me condujo hasta una silla en la segunda fila. Entonces volteé hacia la entrada y lo vi. Era el hombre que me estaba observando desde hace un rato. Se comenzó a acercar. Pensé que no podía hacerme nada malo allí con tantos testigos. Me quedé expectante y ni siquiera el antipático pitido del micrófono que inundó la sala me sacó de mi estado de alerta. Los segundos me parecieron eternos hasta que el sujeto vestido de traje y corbata, y que portaba una identificación en la solapa, llegó a mi lado, junto a otro que venía detrás, más delgado, vestido de la misma manera y un poco mayor.

—¿Es usted Rebeca Olsen?

—Sí. ¿Por qué me ha...?

—Debe acompañarnos afuera, ya que acá no podemos hablar. Se trata de su hermana.

—¿De Rose? —pregunté incrédula.

—Salga con nosotros, por favor.

Caminé tras ellos como hipnotizada. Recuerdo las caras de varios de los que estaban sentados en los primeros asientos de las filas, mirándome como si yo fuese una delincuente. Tal vez se figuraban que ellos eran policías y me estaban deteniendo. Mi profusa imaginación, nacida de los disparatados juegos que jugué con Rose, me hacía sentir culpable de no sé qué cosa, sin serlo.

¿Qué podrían decirme ellos de Rose?

Mis padres no se encontraban en el país y tal vez era yo la única persona a quien ella podría recurrir. Al menos había dado mis señas, y eso significaba que la razón por la cual el vínculo con nosotros se rompió ya no importaba. Me emocioné porque tal vez volvería a ver a mi hermana dieciséis años después de su huida, y esa imagen de ella, espigada, inteligente y cariñosa, me inundó y hasta unas lágrimas pretendieron salir de mis ojos. Las contuve, pero todos los recuerdos se aceleraron en mi memoria; mi hermana riendo y acompañándome, nuestros juegos de los asesinatos ficticios haciendo ella de detective y luego yo, las tristes horas cuando se enteró de la muerte de su novio John, su posterior silencio, su llanto nocturno y luego su desaparición, y mi amargura...

No veía la hora de salir del edificio y preguntarles a esos hombres qué era lo que

pasaba.

Cuando llegamos afuera el más alto tomó la palabra.

—Sentimos informarle que su hermana Rose Emily Olsen ha muerto en un accidente de tránsito.

¡No podía ser! Me negaba a aceptarlo. Parecía que los años sin verla me habían hecho quererla más. Muchas veces jugamos a que las noticias de las muertes eran un ardid, que servían para cambiar de identidad y poder seguir haciendo de espías en la casa del abuelo y en el patio donde cultivaba miel. Recordé los panales y a las abejas zumbándome alrededor y Rose diciendo que no tuviera miedo...

—¿Dónde? ¿Cuándo? —pregunté con una entonación diferente, con una voz que no parecía mía.

—En Georgia, en la carretera cerca de Charlotte. Anoche.

—¿Atlanta? —pregunté con sorpresa.

—¿No sabía usted que su hermana vivía allí?

—Hace mucho tiempo que no sé nada de mi hermana —respondí.

El más bajo me miró con interés, como sospechando algo malo sobre mí.

La muchacha del pendiente salió y me dijo desde cerca de la puerta que Anita Lansbury preguntaba por mí. Me parecía que hacía un siglo que me había presentado ante ella. Algo se rompió en mi sentido del tiempo con la muerte de Rose y me sentí completamente sola.

—¿QUIÉNES son ustedes? —pregunté.

—Soy el agente Foster y él, el agente Palfrey. Somos del FBI.

—¿Qué tiene que ver el accidente de mi hermana con ustedes?

—Eso es lo que queremos saber —me respondió el más bajo, el llamado Palfrey.

—Creemos que su hermana estaba implicada en actos delictivos. Poseemos algunas pruebas que la señalan como la responsable de la muerte de Melissa Coleman.

Pensé que me iba a desmayar, pero esa sensación de desvanecimiento desapareció de inmediato para dar paso a una enorme incredulidad.

—No saben lo que dicen, mi hermana jamás podría haber estado implicada en ninguna actividad que no fuera legal y menos en un asesinato —les dije elevando la voz.

Creo que lo hacía para convencerme a mí misma. Después de todo, yo podía haberla idealizado y no saber nada sobre ella, ni sobre su actuación en los últimos años.

—¿Por qué ha calificado la muerte de Melissa Coleman como un asesinato y no como producto de un accidente? ¿De dónde saca que la conductora del vehículo tenía la intención de matarla? ¿Eso es lo que ha dicho? —me preguntó Foster.

—De ninguna parte. Lo haya querido o no, quien la atropelló la mató —respondí ocultándoles lo que pensaba sobre esa muerte.

—¿Cuánto tiempo tenía sin hablar con su hermana? —me preguntó el tal Palfrey.

—Dieciséis años. Ella se fue de casa a los veinticuatro años, cuando yo tenía quince —respondí lentamente y miré hacia el piso.

Escuché un murmullo. Palfrey dijo algo, pero no logré entenderlo.

—Creemos que su hermana formaba parte de una organización que algunos llaman la Black Key. ¿Ha oído hablar de ella?

—No. Nunca —mentí porque era precisamente la existencia de esa organización la que me obsesionaba desde aquella extraña cena. Era absurdo que el FBI estuviese implicando a mi hermana. Intenté mantener la calma y, sobre todo, no dejar al descubierto lo que pensaba.

—Hemos encontrado en poder de su hermana un teléfono celular que contiene mensajes que nos llevan a pensar que tuvo que ver con el atropello de la hija del asesor del ministro de Información, Alex Richmond. Además, la triangulación del aparato la ubica en el lugar y a la hora en la cual arrollaron a la chica. Creemos que su hermana cometió

ese acto y luego salió del estado en dirección a Atlanta, y en la vía tuvo el accidente en horas de la madrugada.

Mientras Foster hablaba, la cabeza me daba vueltas y sentí ganas de vomitar. Nada de lo que dijera iba a convencerme de que ella tenía algo que ver con un asesinato. El otro hombre, el agente Palfrey, estaba nervioso y eso me pareció inusual en un miembro del FBI. Cuando pasaba algún estudiante por nuestro lado lo miraba entrecerrando los ojos, como si tuviese que afinar la vista y la memoria por si acaso después tuviera que recordarlo.

—Quiero saber cómo fue el accidente de mi hermana. ¿Qué pasó? ¿Cómo murió? —pregunté con voz quebrada y con unas ganas enormes de llorar.

—Colisionó con un vehículo. La otra conductora también murió.

Foster tosió y me miró como si yo tuviese que responderle, como si fuera vital para él escuchar lo que tuviera que decir.

—¿Entonces no tiene idea de la razón por la cual su hermana envió un mensaje de texto a un número desconocido, escribiendo que solo le faltaba acabar lo suyo?

—¿Acabar qué? —pregunté confundida.

—«Solo falta acabar lo de Rebeca M. O.».

Rebeca Marie Olsen es mi nombre.

ME PIDIERON que viajara a Atlanta para hacer el reconocimiento del cuerpo de mi hermana y buscar sus pertenencias. Luego debía reunirme con otra agente del FBI de Georgia llamada Brandy Willows.

Nunca había viajado de esa forma, tan silente. Recuerdo solo algunas imágenes en medio de momentos difusos: el chico del mostrador pidiendo mi identificación para venderme el boleto aéreo en el aeropuerto Washington Dulles, el espejo del baño que me lanzaba la imagen de una mujer de treinta años demacrada, despeinada y sin una gota de maquillaje; la silla azul vacía frente a la puerta de abordaje y el llanto de un niño muy pequeño que me alteraba aún más mientras esperábamos para entrar al avión. Busqué en mi teléfono noticias de accidentes en la autopista 85 Sur, pero no apareció nada.

Muchas dudas me explotaban en la cabeza. En primer lugar era imposible que Rose fuese una asesina y formara parte de ese grupo de delincuentes, de la Black Key. Yo conocía su sentido de la justicia porque lo había visto desde niña. Y también su obsesiva inclinación por la verdad.

Pero lo peor era la tristeza que me asfixiaba. Haber comprobado que estaba viva y que durante todos estos años no quiso saber nada más de nosotros, de mis padres y sobre todo de mí. Eso me parecía todavía más espantoso. Esperaba que su muerte no hubiese sido dolorosa. Los agentes me informaron que también había muerto la persona que conducía el otro auto, pero no cómo había sido la colisión ni quién la produjo. Todo era tan trágico y a la vez tan vertiginoso, como una caída al vacío, y tenía la sensación de que ese accidente iba a cambiarme la vida. Pero necesitaba que no fuera Rose la muerta. Me aferraba a la idea de que el cadáver no fuese suyo.

Con esa convicción aterricé por fin en el aeropuerto Hartsfield-Jackson de Atlanta. Allí me esperaba una mujer de unos cuarenta años, de rostro agradable y contextura gruesa. Se presentó y me pidió que camináramos hacia el estacionamiento. No sé por qué me sentí mejor con ella que con los agentes del FBI de Washington, aunque con ellos también había intentado tranquilizarme. ¿Quién iba a querer hacerme algo malo? Nadie conocía mis sospechas sobre la Black Key, ni mi acertada presunción de que al asesor de la Comisión Asesora para la Seguridad de la Información del senador Alex Richmond le pasaría algo. Creía no habérselo dicho a nadie, excepto a Katya...

Llegamos al auto. Era un Chrysler color negro con las fundas interiores grises y las alfombrillas azules llenas de polvo. Olía a plástico o a algún químico de fragancia potente y desagradable. Sin decirme una palabra comenzó a manejar. Me fijé que sus brazos eran fuertes, musculosos, y sus manos grandes. Una voz interior —muy parecida a la de mi hermana— me decía lo mismo que cuando jugábamos en el jardín junto a las abejas:

—No confíes en nadie.

El sonido de un celular que estaba en la guantera me hizo brincar.

—Ya está conmigo —dijo la agente con un tono de satisfacción tan incómodo que me hizo pensar que yo había caído en una trampa. Era diferente al que se emplea cuando se está cumpliendo una misión en un trabajo; tenía unas sutiles notas siniestras.

Cortó la llamada y puso el teléfono en la guantera.

—¿A dónde vamos? —le pregunté intentando parecer tranquila.

—A la morgue de la comisaría. Debes reconocer el cuerpo de tu hermana. Luego iremos a mi oficina en Chamblee. Allí debes hacer una declaración.

La sensación de seguridad que me había dado antes ya era historia. Ahora me parecía que no era confiable y casi extrañaba la mirada inquisidora de Foster cuando me sacó de la conferencia en la mañana.

Intenté acallar mi inquietud y volví a aferrarme a la esperanza de que el cadáver no fuera de Rose. Me abracé a esa ilusión en parte para soportar los minutos que restaban para llegar, y para controlar la exacerbada imaginación paranoica que había crecido en mí.

Tenía que ser un malentendido eso de culparla de estar implicada en lo de Coleman. Y también que estuviese muerta. ¿Cuántas Rose Emily Olsen podía haber en el país, en el mundo?

Vino a mi recuerdo su bonito pelo fino castaño oscuro y sus dedos alargados moviéndose para despistarme, para que perdiera la noción del lugar donde se encontraba la pelotita roja, debajo de cuál de los conos azules. Era uno de los juegos preferidos de Rose para distraerme cuando ella tenía quince, y yo, seis. Sobre una mesa empolvada en el patio de los abuelos ponía sus tres conos azules y debajo de uno de ellos la pelotita, pero era muy rápida y siempre se las ingeniaba para que me equivocara. Decía que me confundía porque no consideraba el efecto «duplicado».

—Mira, Beca, te dejas engañar porque pongo dos de los conos muy cerca. Así. ¿Lo ves? Y el otro un poco más lejos. La mente nos juega malas pasadas, y podemos esconder lo que queremos cerca de una cosa idéntica cuando construimos duplicados — me decía.

No podía tratarse de ella...

Las lágrimas salieron sin que esta vez pudiese detenerlas.

Entonces hubo un frenazo brusco. Vi la silueta de un hombre junto al vehículo y pensé que iba a abrir la puerta, pero no lo hizo. Un chico en una bicicleta se había atravesado frente al auto y la agente Willows, que era de reflejos rápidos, se detuvo a tiempo antes de atropellarlo. El chico salió corriendo con la bici. Me hubiese gustado hacer lo mismo que él porque me sentía como si me llevaran al matadero. Pero al mismo tiempo sabía que era mejor salir de ese trámite de una vez. Y si el cuerpo era el de Rose, lo mejor era

saberlo.

—ES MI HERMANA —le dije a Willows, quien se había quedado de pie tras de mí en el salón frío de la morgue.

—Lo lamento —me respondió.

Dije que era Rose, pero no estaba segura de que lo fuera. No obtuve ninguna certeza al ver aquel cadáver desfigurado. La cara mostraba varias contusiones que transformaban los rasgos. Sus labios eran parecidos y también la nariz. La línea del pelo me parecía diferente, pero tal vez no lo fuera. La condición del rostro era espantosa. Soy de sangre fría, pero no pude dejar de sentir náuseas.

Un hombre calvo que vestía bata blanca y guantes cubrió la cara del cadáver al tiempo que alguien, creo que otro trabajador forense, me dijo que traería el bolso con las pertenencias de mi hermana.

Me quedé parada sin saber qué hacer. En el fondo sentía que podrían darse cuenta de que no estaba todo lo afectada que se supone debía estarlo alguien convencido de que se trataba de un ser querido. Por eso creo que comencé a mirar al vacío y a fingir que me estaba sintiendo peor. Uno de ellos —el hombre calvo— se dio cuenta y me pidió que saliera al cuarto contiguo, donde me llevarían agua y café. También dijo que me entregarían allí los formularios que debía firmar.

Yo solo era capaz de preguntarme una y otra vez si sería Rose, y la mayoría de las veces me respondía que podía no serlo. El rostro estaba bastante desfigurado. Era cierto que tenía la contextura y la altura de mi hermana...

Sentí la mano helada de Willows. Me tocó el brazo para llevarme al saloncito. No sabía si agradecerle o ponerme en guardia, en contra de ella. Era buena conductora, pudo haber atropellado a Melissa Coleman, podía formar parte de una confabulación para culpar a la mujer que ahora estaba en la morgue, fuera o no fuera Rose. No sabía qué pensar porque tal vez la paranoia me estaba volviendo loca. Pero no podía sacarme de la cabeza a la Black Key y la explicación que sobre ella dio Norman Jackson y que yo me creía por completo. Parecía una ironía del destino que ahora culparan a Rose de estar metida en eso. Precisamente a Rose...

Cruzamos un corredor desolado, aunque podían escucharse conversaciones y palabras sueltas que provenían de gente en las oficinas cercanas. Entramos en una habitación vacía de paredes claras y sillas de madera blanca.

En ese momento pensé que lo mejor sería salir del Departamento Forense lo más rápido posible y contarle todo, en cuanto pudiera, a Anita. Ella podría ayudarme. Tenía la suficiente claridad mental para analizar mi situación con una perspectiva adecuada. Fue en ese momento cuando me di cuenta de que yo podía ser la causa de todo lo que estaba pasando, y tuve una idea espantosa:

¿Y si habían asesinado e inculpado a Rose para alertarme, para que dejara de investigar? Tal vez sabían que me había reunido con Norman Jackson aunque fuera de manera fortuita y luego descubrieron que empecé a hacer seguimiento a los accidentes de los miembros de la Comisión, que hablé con los testigos del incendio de la casa de la comisionada Deborah Clayton antes de lo de Coleman, y hasta supieron que le dije a Katya que algo le pasaría al asesor. Tal vez tenían control sobre mi uso de la Internet porque precisamente eso era lo que investigaba Coleman: la violación de la confidencialidad de los datos de los ciudadanos.

Si era así, la que yacía en la cama era mi querida Rose y su muerte no había sido un accidente.

—TENGO QUE SALIR A FUMAR. ¿Podría avisarme cuando traigan...?

—No hay problema —me respondió la agente Willows.

Me dirigí al exterior del edificio. Busqué dónde acomodarme y lo hice junto a unos árboles, en un pequeño parque a pocos metros del estacionamiento.

Me senté y tomé, de manera mecánica, de mi cartera un cigarrillo y el encendedor. No quería salir para fumar, sino para pensar, y ese era mi pretexto. Si lo de «Rose» no había sido un accidente, tenía que averiguarlo, y, con lo poco que contaba, debía empezar. Tenía que descubrir la verdadera causa del choque e investigar a los agentes del FBI que me habían buscado, quienes se empeñaban en culpar a mi hermana. También a los policías que cubrían la zona a la hora en que murió Melissa porque me parecía extraño que no hubiesen atrapado a la conductora. No solo debía aclarar lo sucedido en la interestatal, sino, y sobre todo, lo del accidente en Dupont Circle. Tenía mucho que hacer, pero lo mejor era que utilizara computadoras públicas. Ahora, más que nunca, debía usar la cabeza.

Mi mano derecha temblaba y no podía evitarlo. Aplasté el cigarro con la punta de mi zapato y permanecí sentada mirando al vacío.

Un hombre se me aproximó. Portaba un uniforme policial que lucía nuevo. Se quitó la gorra y se sentó a mi lado.

—Lamento lo de su hermana —me dijo con una voz que me sonó dulce y fuerte a la vez.

—Gracias —le respondí y lo miré a la cara.

Tenía el pelo rubio y corto, y los ojos de un bonito color miel. Transmitía seguridad y te dejaba una sensación de que las cosas estaban en orden a su lado.

—¿Cómo se llama? —me preguntó y puso sus brazos hacia arriba, como si necesitara estirar los músculos.

—Rebeca Olsen.

—La llamarán «Beca» las personas que la quieren, supongo... —dijo recostándose en el banco.

—Algunas —le respondí, pensando en que así me llamaba Rose.

Me pareció que estaba enloqueciendo. La verdad era que me sentía atraída por aquel policía desconocido y no podía pensar en una peor situación para ello.

—Creo que la buscan en el edificio. ¿No le parece que esa comisaría tiene un aire misterioso, como si fuera algo distinto a lo que aparenta? —me dijo, dando unas palmadas a sus piernas y levantándose.

No supe qué responderle y también me levanté.

Comenzamos a caminar en dirección a la puerta del Departamento. Cuando llegamos, pensé que iba a acompañarme a entrar, pero se fue. Antes me entregó una tarjeta con un número de teléfono, sin nombre.

A LA MEDIA hora salíamos del Departamento Forense la agente Willows y yo.

En mis manos llevaba la cartera de Rose con sus pertenencias y en mi cabeza había grabado la dirección de su apartamento porque quería ir a verlo. Le pedí a la agente que me dejase en él, que luego yo me iría a la sede del FBI a la hora que acordáramos.

Aunque ya sabía lo que había en la cartera de Rose, volví a abrirla mientras ella conducía. Un lápiz labial color rosa, un espejo, un pequeño portacarné de modelo antiguo y de cuero negro, donde estaba la licencia de conducir, su identificación, algo de dinero suelto y un papel rasgado y en blanco. En la cartera también estaban las llaves. Eran cuatro y ninguna se veía nueva. Me quedé mirando la foto en la identificación de Rose y entonces lo supe. El cadáver no era de ella. La línea del pelo era diferente. A pesar de que el rostro de la mujer del accidente estaba desfigurado, podía verse que poseía el llamado «pico de la viuda» y Rose no contaba con esa forma en la línea de nacimiento del pelo. Ahora lo confirmaba y la recordaba mejor, viendo la fotografía. Tal vez sí tenía un pequeño pico, pero no tan marcado como la muerta. Habría que conocerla para estar segura tal como yo lo estaba. Los agentes no debieron de notarlo. Mi intuición me decía que continuara afirmando que el cadáver era de Rose porque las autoridades la acusaban de asesinato. Era mejor que siguieran pensando que se trataba del cuerpo de mi hermana.

¿Por qué un papel en blanco? ¿Quién guardaría algo así? Y si fuera posible... recordé uno de los trucos preferidos de Rose, el que incluía un papel que aparentemente no contenía ninguna escritura. ¡No podía esperar! Tenía que comprobarlo. Guardé el papel en mi cartera y miré por la ventanilla. Allí cerca estaba la solución: Jeffrey Hamburguesas.

—Estoy mareada. Con todo esto, no he comido nada. Podría dejarme allí. —Señalé el local—. O si quiere, viene conmigo. Debo comer algo aunque no quiera.

—Me parece bien. La acompaño y luego la dejo en el apartamento de su hermana —respondió.

Entramos en Jeffrey y la agente Willows me dijo que iría al baño. Asentí y me dirigí a una de las mesas mientras ella caminaba al servicio. Me senté y pedí algo a la chica que atendía, pero una vez que perdí de vista a la agente le dije que necesitaba descubrir un enigma que mi hija me había cifrado. Que si podía ir con ella a la cocina para poner calor

sobre un papelito que «Vicky» (me inventé ese nombre) me había dado. No pareció sorprenderse. Creo que cosas más raras le debían haber pedido. Entonces, vigilando que la agente no volviera aún, seguí a la chica y una vez dentro de la cocina saqué el papelito y lo puse sobre la llama de uno de los fogones. Esperé, sintiendo que las gotas de sudor me bañaban la frente.

Fueron apareciendo las letras:

«¡Viva N. C. E. N.!».

Metí el papel en mi mano y lo arrugué lo más que pude, volviéndolo una pequeña pelotita. Le di las gracias a la chica y salí corriendo de la cocina. Ya Willows me estaba esperando sentada a la mesa. Miraba a todos lados con preocupación. Se tranquilizó cuando me vio caminar hacia ella. Mientras daba cada paso, pensaba en qué decirle si me preguntaba a dónde había ido.

—No confíes en nadie —me repetí en voz baja porque eso significaban las letras de la nota. Esa era una de las frases favoritas de Rose y ella sabía que yo comprendería aquellas iniciales.

La Policía, el Senado, el FBI, los ministerios, en todos lados había infiltrados de la Black Key y su brazo asesino podía estar concentrado justamente en organizaciones como la Policía y el FBI. Había muchos intereses económicos de por medio para permitir que alguien pudiera develar los secretos que conocían y que usufructuaban, y por eso, si sabían que yo estaba al tanto, mi vida estaría en peligro. La misma Brandy Willows podría estar en la red, o Foster y Palfrey. O quienes estaban en la morgue y el policía que fue a buscarme al banco junto al estacionamiento. Cualquiera.

Lo importante era que mi hermana continuaba con vida.

¿Dónde estaba? ¿Por qué la culpaban de algo que había hecho la Black Key? ¿Qué clase de vida llevó todos estos años?

HABÍA un hombre en la cafetería que, me pareció, no nos quitaba la mirada de encima. No podía estar segura porque llevaba puestos unos lentes de sol. Se había sentado en una mesa libre frente a nosotras.

Terminamos de comer y volvimos al auto. Luego de pocos minutos de camino estuvimos frente a un edificio de dos plantas, color salmón.

—Aquí es. Supongo que esas llaves que tienes en la cartera de tu hermana abren la puerta de su apartamento. Es el 1B. Quedamos a las tres en la oficina, en la calle Flowers número 3000.

—Está bien —le respondí.

Cuando me iba a bajar del auto, recordé algo que quería preguntarle.

—¿Usted sabe dónde fue el lugar exacto donde mi hermana murió?

—¿Por qué quiere saber eso? Es una pregunta extraña —dijo y de inmediato agregó—. En una carretera secundaria en la entrada del lado contrario a Pine Road, creo.

—¿Qué es Pine Road?

—Una casa de campo en las afueras de Charlotte.

Le agradecí y bajé del vehículo pensando que no me dejarían sin vigilancia.

Esperé a que el auto de Willows desapareciera en la esquina y me dirigí a la puerta del edificio. Abrí la cartera de Rose y tanteé buscando las llaves. Miré a ambos lados de la calle y a unos cuantos metros observé un auto estacionado y la silueta de dos cabezas dentro. Tal como había pensado.

Saqué las llaves y con una de ellas abrí la puerta. Pasé junto a los buzones y noté que en el de Rose no había ninguna carta, pero el de junto estaba repleto. Luego subí las angostas escaleras y busqué el apartamento identificado con el rótulo 1B. Pero entonces, súbitamente, me dirigí al apartamento 1A. ¿Existe una mejor manera de ocultarse que al lado de a donde todos esperan encontrarte? Así dispondrías de un lugar para guardar lo que no quieres que encuentren. Tienes un apartamento junto que es tu verdadero centro de operaciones, el que nadie conoce ni imagina. Por eso había cuatro llaves: la de la puerta de la calle, el garaje, las puertas del 1B y la del 1A. Y también por ello el buzón de al lado de Rose estaría lleno de cartas, porque de seguro había olvidado vaciarlo, puesto que allí no vivía nadie en realidad. Podría ser. Ese era su truco preferido, el de acercar el cono con la pelotita al otro para que mi propia mirada me engañase. Yo sabía que Rose

era buena en lo que hacía y entonces pensé que tal vez trabajara a la sombra para descubrir a la Black Key, lo cual sería consistente con su obsesión por la justicia, que era igual a la mía.

Uno no sabe en qué momento puede recordar cosas importantes. En ese instante vino a mí el recuerdo del padre del novio de Rose, y la difusa imagen de que era un hombre importante para la política de Washington. Lo vi solo una vez en el entierro del chico. Él se llamaba Robert «algo» Patterson y entonces caí en la cuenta de que podía ser de los famosos Patterson del ahora partido de oposición. ¿Por qué no había pensado en eso antes? Quizá porque en casa no se podía hablar de mi hermana, ya que era un tema doloroso. Ahora todo iba encajando en mi cabeza.

No perdía nada con intentar lo del apartamento contigo.

Me aseguré de que nadie me viese y me dirigí a la puerta blanca con el rótulo 1A. Tomé una de las llaves e intenté abrir con ella. Nada. Me sentí estúpida, demasiado imaginativa. Sin embargo, traté con la otra y lo logré.

Escuché el tic de la llave al liberar el seguro.

HUBO un ruido en la primera planta y me quedé paralizada. No sonó nada más, así que terminé de abrir y me metí rápido en el apartamento, cerrando con cuidado. Una vez adentro descansé la espalda sobre la madera de la puerta y me quedé inmóvil unos segundos más, atenta. Si escuchaba pasos subir la escalera, iba a meterme en problemas.

Cuando me convencí de que nadie me había seguido, me concentré en la búsqueda de algo importante en ese lugar. Caminé por un pequeño corredor de dos metros que se abría ante una sala que contenía una mesa en el medio y varias cajas llenas de papeles. No había nada más. Era evidente que nadie vivía allí. Tal vez alguien llegara haciendo las veces de que lo hacía, lo suficiente para no levantar sospechas.

Me acerqué a la mesa y miré los papeles. Eran expedientes de sujetos fichados. Me llamó la atención uno de ellos. Pertenecía a una mujer rubia de pelo muy corto. No podía quedarme mucho tiempo, así que decidí llevarme los papeles, pero algo me detuvo. Me estaban vigilando y tendría que ir a las oficinas del FBI. Era posible que revisaran mi cartera, entonces era mejor no tomar nada. Con el celular saqué fotos de las primeras páginas de los expedientes y las envié a mi e-mail. Luego las borré del teléfono. Imaginaba que los expedientes pertenecían al grupo de delincuentes que se manchaban las manos de sangre, contratados por la Black Key. Porque esta red, además de manejar información, debía de funcionar como una especie de aseguradora del crimen. Junto con las extorsiones, quizá ofrecía servicios de protección a los extorsionados si es que pagaban, y cuando el Estado, mediante alguna de sus instituciones, estuviese a punto de descubrir los delitos, entonces activaban el brazo violento de la red y los matones contratados hacían de las suyas para acabar con el problema. Eso debía ser lo que le había pasado a Benjamín Coleman. Que la Black Key tuvo que actuar para callarlo y que dejara de investigar, y para ello debió haber contratado a uno de estos hombres para que asesinara a su hija. ¿Y si fue la mujer? ¿Y si Rose la perseguía y fue ella quien murió en el otro auto? Tenía que saber la identidad de la segunda víctima del choque.

Di una vuelta por las otras habitaciones del apartamento. Todo estaba vacío. Crucé la cocina y abrí la refrigeradora. Había agua y una botella congelada de vodka Tanqueray. La misma marca que le gustaba a Rose.

Entonces escuché un ruido y estuve segura de que la puerta se abría. Alguien estaba

entrando. Miré alrededor, pero no tenía ningún lugar para esconderme. Esos expedientes revelaban una información peligrosa porque a través de ellos se podría llegar a las cabezas de la Black Key. Haberlos encontrado era mi sentencia de muerte.

Los pasos se acercaban, así que sin pensarlo más decidí que debía escapar. En la cocina había una puerta de servicio. Me dirigí hacia ella corriendo y la abrí. Conducía a una escalera auxiliar, angosta y oscura. Cerré con cuidado de no hacer ruido. Parecía que había logrado escabullirme, pero entonces la puerta se abrió. Ni siquiera lo vi. Aunque corrí todo lo que pude bajando las escaleras, igual lo sentía a mis espaldas, percibía su paso cortando el aire detrás de mí. En el descanso de la escalera me agarró por el cuello.

PARTE II

LA CHICA CAMINABA hacia la boca del metro cuando la mujer aceleró. La conductora sintió el impacto en la parte delantera del auto, el golpe seco y luego el silencio. No se detuvo y continuó por la avenida Rhode Island pasando frente a la iglesia de San Mateo Apóstol. Miró la imagen del santo encerrado en la semiluna color rosa y sonrió. No tenía miedo porque estaba protegida por gente poderosa y nadie la seguía. Eso acordó con la jefatura de Policía de la calle Leroy. Los primeros agentes en llegar la dejarían seguir por la calle 17 hacia el noroeste, y luego cruzar el río Potomac sin inconvenientes. Después solo tendría que continuar conduciendo hasta Charlotte. Eran unas cuantas horas de camino, pero valdría la pena. No le pesaba la interestatal de noche, al contrario, le parecía fantástica. Lo sentía por la muchacha, pero trabajo era trabajo.

Cuando la asesina cruzó el río Potomac no notó que un auto la seguía.

Lo conducía otra mujer. Si todo salía como esta había planeado, aquella noche lograrían algo importante. No solo detendría a una asesina, sino que descubrirían el lugar donde guardaban las pruebas de la mayoría de los delitos cometidos por la Black Key. Pero sobre todo podría vengarse, tal como lo había hablado con su mentor, Robert Smith Patterson.

El sobrino de Robert era un joven y brillante abogado llamado John que había sido víctima de la Black Key cuando apenas empezaba a constituirse, al descubrir sin querer una red de tráfico de armas hacia México, derivada de una filtración del programa militar en la llamada operación ilegal Walking Carbine. El chico lo hizo por casualidad una tarde que estaba en casa de un compañero de estudios llamado Freddy Kelly y había escuchado a su padre, Albert Kelly, decir unas palabras que le inquietaron. Se lo contó a su novia, una chica voluntariosa y excepcional llamada Rose Olsen. Contrario a lo que ella le había recomendado, John encaró a Albert Kelly y este negó todo. Luego de ello, John sufrió un accidente mientras escalaba solo en Ohio, muriendo en el acto.

Rose Olsen era la conductora del vehículo que seguía a la asesina. Su vida cambió por completo cuando murió John, pues sabía que no había sido un accidente. Se fue de casa y se refugió junto con Robert para fraguar su venganza. Formó parte de la organización que buscaba erradicar a la incipiente Black Key. Eso era lo único que le daba sentido a continuar con vida. Gracias a sus investigaciones habían detenido a varios de los delincuentes contratados por la organización, pero ahora estaban cerca de conocer el

pulmón de la Black Key: el lugar de resguardo de los archivos que mantenían en estado físico en alguna parte de la interestatal 85, cerca de Charlotte. Sospechaban que el ahora senador Albert Kelly era el jefe, pero no habían podido demostrarlo. Desde Charlotte hasta Atlanta el senador Kelly contaba con poderosos aliados que le informaban todo lo que sucedía; tenía el control territorial por completo de la zona. Patterson y Rose estaban convencidos de que la mujer que acababa de atropellar a la hija de Coleman se dirigía al lugar en donde ocultaban las pruebas de sus delitos, y por ello era vital que la siguiera en una operación solitaria, sin que pudiera filtrarse la persecución, porque no sabían quién de las autoridades policiales podría ser informante.

Cuando la asesina llegó a la bifurcación que conducía a Charlotte, ya sabía que había un auto siguiéndola. En una maniobra arriesgada giró de manera violenta a la izquierda para tomar un camino que se perdía en el bosque y, sin quererlo, atropelló a alguien.

Rose intentó mantener el control para no impactar al auto de la asesina, que había quedado volteado en la vía, pero no lo logró. Sintió un golpe en la cabeza, en la mandíbula y en las costillas. Percibió el olor de la sangre en la nariz y la idea de que iba a morir se apoderó de ella. Recordó en una milésima de segundo a su novio John y su bella sonrisa cuando subía las montañas, y también a Beca, su hermana menor que la adoraba... Un fuerte dolor de cabeza le nubló el pensamiento.

Pero aquel no fue su final. A los pocos minutos despertó. Con dificultad desabrochó el cinturón y salió del auto. Tomó el arma que guardaba en la cintura y se acercó al otro vehículo en busca de la asesina. Vio a una mujer muerta junto al auto. Miró a lo lejos y recordó, cuando estudiaron la zona en busca del posible refugio de la Black Key, haber identificado una instalación abandonada que últimamente servía de guarida para drogadictos que se refugiaban del frío porque la supervisión policial en la zona era muy pobre. Supuso que la caminante era uno de ellos, una mujer sin dolientes.

Cuando encontró a la conductora se dio cuenta de que también estaba muerta. Era una mujer rubia de pelo muy corto y tenía dislocado el cuello. Debía revisar sus bolsillos, la guantera, cada rincón del auto si fuera necesario. Debía haber algo, tal vez en el celular.

Pero resultó que la asesina no llevaba nada consigo, solo un teléfono, un Nokia modelo viejo. Rose miró los mensajes dirigidos a un número desconocido.

«Solo falta acabar lo de Rebeca M. O.».

Rebeca Marie... ¡Era su hermana! ¡Alguien iba a hacerle daño a Beca!

Ella sabía que había estudiado Periodismo, que trabajaba en una revista de temas políticos y que era feliz. Entonces Rose se sintió culpable porque su hermana estaba en peligro en parte por su culpa, porque la influyó en demasía cuando eran niñas y alentó su imaginación para el crimen y las conspiraciones...

Llamó a Robert desesperada. Entre los dos diseñaron el plan. Fingirían la muerte de Rose, reemplazándola en el asiento del conductor de su auto por la caminante atropellada y destrozada en medio de la noche en la interestatal. Por suerte tenía la misma contextura que ella y quedaba muy poco de su rostro. Además, dejarían junto al cadáver el celular con el mensaje que menciona a su hermana. Era arriesgado, pero la única salida para llegar a Rebeca. Las autoridades captadas por la red criminal cubrirían

la identidad de la verdadera asesina divulgando que Rose era quien había matado a la hija de Coleman. Ensuciarían su nombre para cubrir la verdad, pero lo más importante era que pensarían que estaba muerta.

Ella, aunque lejos, sabía todo de su familia y estaba enterada de que sus padres se encontraban en Europa. Rebeca tendría que ir a reconocer el cadáver y ella debía aprovechar ese momento para dejarle un mensaje. Tenía que pensar rápido. Recordó ese juego de su niñez, el del limón o la leche para crear tinta invisible. Debía buscar cerca. No tenía ni lo uno ni lo otro.

Vio unas luces en la autopista. Dio gracias a Dios de que el choque se produjo dentro del camino del bosque. Podría ser que el auto pasara y no la viera.

Eso fue lo que ocurrió.

Percibió un olor que provenía de la vegetación que la rodeaba. Recordó que las plantas en su interior contienen un líquido parecido a la leche. Tal vez sirviera. Algunas de ellas despiden una sustancia blanquecina, por lo general, ácida. Eso le dictaban sus recuerdos en casa del abuelo.

Buscó su cartera y dentro de ella, un papel donde había hecho unas anotaciones. Lo rasgó y se quedó con la parte en blanco. Acercó el cadáver al auto y luego comenzó a partir varias ramas de los árboles más cercanos. Logró que uno de ellos mojara sus manos. Esperaba que funcionara la tinta invisible. Con una ramita muy fina untó el líquido y escribió unas letras, luego sopló. No podía comunicarse con Rebeca de ninguna otra manera porque debían estarla siguiendo, y los infiltrados en la Policía y en el FBI llegarían pronto, y se quedarían con sus pertenencias antes que su hermana.

—Tiene que funcionar..., tiene que funcionar —se repetía viendo sus manos temblorosas.

Sabía que la Black Key era un monstruo de mil cabezas y la mayoría de ellas estaban disfrazadas de legalidad.

—No confíes en nadie, querida Beca, hasta que volvamos a encontrarnos...

ME ESTABA ASFIXIANDO, pero no dejaba de resistirme. Intentaba mover los brazos hacia atrás para apartar las manos que bordeaban mi cuello. Probé golpear su cara con el codo izquierdo y logré pegarle dos veces. Me solté y caí hacia adelante en la escalera. Me golpeé las rodillas y las manos. Otra vez venía sobre mí, pero ahora lo hacía de frente y logré verle la cara. Era el mismo hombre de la cafetería, esta vez sin lentes. Y también uno de los rostros que acababa de ver en el piso duplicado de Rose. Grité como loca. Cuando se abalanzaba sobre mí, comencé a patearlo. Lanzó una exclamación que no entendí y sacó un arma.

—Cállate o te mato aquí mismo —me dijo con rabia.

Comprendí que por el momento debía mostrar docilidad.

Me pidió que me levantara y que caminara delante de él, callada.

Mi esperanza era que en algún momento debíamos salir a la calle, y entonces algo podría hacer. A menos que nos dirigiéramos al estacionamiento. Siendo así me sería más difícil obtener ayuda porque de seguro habría menos gente. Pero no era momento para ser pesimista, me dije.

Bajamos las escaleras; él me agarraba un brazo con una mano y con la otra me apuntaba. Pero ocultaba el arma tras mi espalda, muy cerca. Eso significaba que en algún momento preveía que nos cruzaríamos con alguien y que tenía que ocultar la pistola. Entonces pensé que saldríamos por la puerta principal, y que al menos por un corto espacio de tiempo tendría una posibilidad de escapar, de que alguien notara que estaba con él en contra de mi voluntad. También pensé que no tenía intención de matarme dentro del edificio.

Llegamos al mismo recibidor que recorrí antes, donde estaban los buzones. Tres chicos entraban al edificio en ese momento y se cruzaron con nosotros. No pude pedir ayuda porque no me miraron a la cara. Sentía que se esfumaba la esperanza de salvarme cuando los vi subir los escalones de dos en dos, tan tranquilos y sin sospechar que estaba en peligro mi vida.

El hombre me apretó más fuerte el brazo. Cuando salimos del edificio me obligó a cruzar a la derecha. Su intención era que entráramos en el pequeño callejón de junto, para alejarnos de la calle. Entonces comprendí que allí era donde iba a dispararme, así que, si entrábamos en él, estaba perdida. No había nadie caminando por allí en ese

momento, pero algunos autos transitaban por la vía. ¡No podía ser que nadie se fijara que me llevaban contra mi voluntad!

De pronto escuché el sonido de una motocicleta. Era el momento de intentar algo. Aunque me disparara, de cualquier manera iba a hacerlo en el callejón, así que debía arriesgarme. Aprovechando el justo instante en que el motorizado pasó por nuestro lado, me moví con rapidez y me solté, y comencé a correr.

El hombre disparó. Me refiero al motorizado. Era el policía que conocí a las afueras del Departamento Forense quien estaba atacando a mi agresor, quien recibió un impacto de bala en la pierna; gritó de dolor, pero intentó correr.

Lo perdí de vista cuando se metió en el callejón donde, estoy segura, planeaba asesinarme.

—¿ESTÁS bien...? —me preguntó.

—¿Lo dejarás irse? —le interrumpí al policía, incrédula.

—No va a llegar lejos. Está herido. Además, dos de los nuestros lo esperan del otro lado. Los demás están lejos porque estamos finalizando la operación en contra de la red criminal de Kelly, en el lugar a donde se dirigía Mary Talcott después de asesinar a Melissa Coleman. ¿Pero qué hacías en el apartamento 1A?

—Es el de mi hermana Rose... —dije, aparentando estar confundida y sin dejar de mirar su arma.

—Sabes que no lo es. No sé cómo has logrado dar con ese lugar. Ahora está en mayor peligro que antes, como has podido comprobar. Ese hombre no te mató allí adentro porque supiste defenderte. Debemos salir de aquí lo más rápido posible, ya que esto no es seguro. Hay infiltrados en la Policía, que llegarán de un momento a otro.

—¿Y qué hago? ¿Ir a la cita con la agente Brandy Willows como si no hubiera pasado nada?

—No. Debes desaparecer y venir conmigo. Se supone que eres lista, eso nos ha dicho Rose. Aunque no sabe cómo demonios te pusiste en peligro...

—¿Rose? ¿Has visto a Rose? ¿Está bien? ¿Vamos a encontrarnos con ella?

—Después.

Cuando iba a subirme a la moto con él, me detuvo. La estacionó y bajó. Luego me pidió que caminara tranquila a su lado. Lo hice en silencio, aunque me moría por preguntarle muchas cosas.

Miré hacia adelante. Estaba el auto con los ocupantes que se supone me vigilarían y que no parecían haberse enterado del peligro que acababa de pasar. Se habían desplazado del lugar inicial donde los vi, frente a la puerta de entrada del edificio, y ahora estaban estacionados en la calle lateral. En ese momento pensé que tal vez ni siquiera eran policías, sino aliados del hombre que me atacó, y que estarían esperando que este apareciera, luego de asesinarme. Debía recordar que no podía confiar en nadie, aunque llevara uniforme.

Llegamos a un Mini Cooper amarillo estacionado al cruzar. Me pidió que subiera y que me pusiera unos lentes de sol que estaban en la guantera y también la chaqueta que descansaba en el asiento trasero. Yo obedecía, pero no dejaba de temblar.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté.

Me miró un segundo, sus ojos eran de color miel, muy claros y vivos.

—Gary.

—¿A dónde vamos?

—Lejos —respondió él.

—¿A Pine Road? —pregunté.

—¿De dónde has sacado ese nombre? —me preguntó quitando la vista de la vía.

Me pareció violento.

—Fue allí donde me dijo Brandy Willows que había sido el accidente en el cual «murió» Rose.

—¿Estás segura de eso? —volvió a preguntar, ahora con la vista fija hacia adelante y con un leve temblor en la comisura de los labios.

—Sí. Le pregunté el lugar exacto y eso fue lo que dijo.

—Eso lo cambia todo —respondió y luego hizo silencio.

—¿Eres policía de verdad? Porque cuando me abordaste noté que no quisiste entrar en el edificio conmigo. Y ahora creo que tal vez...

No pude seguir hablando. Él se movió más rápido que yo. Solo sentí un pinchazo breve en el brazo. Después un silencio de muerte se apoderó de mí.

Recuerdo que al final, antes de perder el conocimiento, me dije que el problema fue que no me había parecido un hombre peligroso, porque no deseaba que lo fuera.

CUANDO DESPERTÉ sentí calambres en los brazos y las piernas. Estaba adolorida, como si tuviese pesas sobre mí. Abrí los ojos y todo lo vi borroso. Había una mujer y dos hombres cerca. Alguien alertó que me había despertado.

Hice un esfuerzo por mirar bien. Al menos debía saber quiénes eran mis captores. Y no podía creer lo que veía. ¡No podía ser! Era Anita Lansbury.

—Rebeca, por fin has despertado. Gary ha sentido mucho haberte sedado con un tranquilizante, pero el tiempo apremiaba y era peligroso para nosotros que continuaras haciendo preguntas, dada tu natural indocilidad.

Recuerdo que intenté hablar, pero apenas si abrí los labios. Cuando logré despegarlos, me hice daño. Estaban resecos, agrietados.

Un vaso de agua apareció a mi lado izquierdo. Me lo ofrecía Gary. Ahora no vestía de policía.

El otro hombre era mayor. Me recordó a alguien del pasado.

—Nos has ayudado mucho, Beca. Faltaba una pieza, lo intuíamos y estábamos cerca, pero algunas veces se necesita una nueva perspectiva, o que el enemigo baje la guardia frente a alguien que no valora del todo o a quien piensa eliminar pronto —dijo el hombre mayor mientras se acercaba a la cama.

Entonces escuché una voz que conocía. Ronca y profunda. Era Norman Jackson, que acababa de entrar a la habitación.

—Se lo dije a Anita desde que te vi la noche de su cumpleaños. Eras buena para esto, estabas lo suficientemente loca como para perseguir a la gente poderosa que hace daño. Tan obsesiva como Rose. No sé qué les hicieron en casa de los Olsen, pero la búsqueda de la verdad para ustedes es como un único alimento. Creo que tal vez haber pasado las vacaciones en la casa de las abejas las hizo así, inmunes al peligro. Tu hermana nos ha contado muchas cosas sobre esos días, aunque no me ha perdonado que te haya hablado de la Black Key en aquella cena; dice que te planté la inquietud.

—¿Dónde está Rose? ¿Está bien? —alcancé a preguntar a pesar de que me sentía muy mal y no comprendía lo que estaba pasando.

—Gracias a ti hemos dado un golpe certero. Por asociación de ideas y debido a un grave desliz de parte de Willows, que no hubiese cometido con nadie más, los tenemos. Fue cuando te habló de Pine Road. Eso nos condujo a saber la identidad del jefe de la

Black Key. Y no era Kelly, como creíamos. Había alguien por encima de él y era nada menos que el propio senador Alex Richmond, quien había encargado la investigación a la Comisión, y el mismo que había buscado a Coleman para que la presidiera, intentando disimular. También simuló su indignación por la filtración de la información en la agencia Kramer Team. Y lo supimos porque el senador tiene unas tierras llamadas Pine Road, pero se ubican en Maryland, no en Charlotte. Estábamos equivocados. Debían de sentirse perseguidos, y por medio de sus operarios orientaron nuestras sospechas a la propiedad de Kelly en los linderos de la interestatal 85, donde no había nada comprometedor. Que Mary Talcott haya tomado esa vía también fue un engaño. Sabía que la perseguiríamos. El lugar clave estaba en sentido contrario y más cerca de Washington, en la propia casa del senador. Willows sufrió un lapsus y confundió el nombre de la propiedad, y sin quererlo nos dio la pista sobre su jefe mayor. ¿Por qué iba a decir el nombre de Pine Road si no era porque había estado en la casa del senador, quien era el verdadero jefe de la organización? Eso nos puso en alerta y lo descubrimos todo —continuó diciendo el desconocido.

Parecía que necesitaba aclararme con lujo de detalles lo sucedido. Debía imaginar mi desconcierto.

—¿Patterson? —pregunté despacio.

—Sí. Soy Robert Smith Patterson y mi sobrino era John, el novio de tu hermana Rose.

Recordé dónde había visto esa cara; en el entierro de John, a donde me empeñé en ir para acompañarla. Solo entonces comprendí que estaba entre los buenos, pero me encontraba también en medio de una organización tan secreta como la propia Black Key, solo que era su antagonista y la única que podía frenarla en medio de un pantano de complicidades que había atacado como un cáncer a la cúpula política del país.

—Cuando puedas, lee los periódicos para que veas el tamaño del tsunami que hemos levantado. Ahora podrás agregar a tu lista de escándalos políticos uno nuevo —me dijo Jackson riendo.

Entonces Gary me tendió su teléfono.

Era una videollamada de Rose.

—Hola, Beca. Todo ha salido bien. Me encantaría abrazarte, pero no puedo hacerlo por ahora. Estás a salvo con ellos. Siempre he sabido de ti, y de papá y mamá. Nunca los he abandonado. Pedí a Anita que te guiara en la universidad, que te acompañara todos estos años. Guardo conmigo fotos tuyas que ella me enviaba con frecuencia. Sabes, Beca, con la muerte de John dejé de ser la persona que conociste y ahora soy otra, con un sentido claro de lo que quiere. Robert me apoyó y me entrenó. Soy peligrosa, pero te amo. Eres lo que más quiero en la vida. Te aseguro que pronto nos veremos. Siempre estaré cerca de ti aunque no me veas. Mantente alerta. No confíes en nadie —terminó diciendo y levantando el dedo pulgar de su mano izquierda, imitando el gesto que hacíamos ambas de niñas.

Cuando iba a responderle, cortó la llamada. Las lágrimas corrían incontenibles por mi cara.

Anita Lansbury me apretó la mano y salió de la habitación. Patterson y Jackson fueron tras ella.

Gary se quedó de pie, mirándome.

—¿Por qué Rose tuvo que huir otra vez y no se quedó conmigo? —pregunté en voz alta.

Enseguida pensé que, a pesar de eso, de alguna manera había recuperado a mi hermana. Que ella había logrado recomponer los pedazos que estallaron cuando murió su novio y que era imposible pedirle que dejara de hacer lo que hacía. Que habían dado un golpe mortal a la red de corrupción y, aunque quedara mucho por hacer, esta batalla la ganaron. La «habíamos» ganado.

Gary sonrió. Parecía estar dentro de mi cabeza.

—No soy policía —dijo y se movió con destreza hasta llegar a la silla que había junto a la puerta. Allí se sentó y recostó su cuerpo hacia atrás, tal como hizo cuando lo conocí. Sabía que iba a alzar los brazos y estirarlos otra vez.

Recordé el inicio de todo, en aquella cena de cumpleaños. Era cierto lo que había dicho Jackson. Una conversación casual fue determinante para cambiarme la vida.

NOTAS DEL AUTOR

Espero hayas disfrutado la lectura de este relato.

Si te gustó mi obra, por favor déjame una opinión en Amazon. Las críticas amables son buenas para los autores y los lectores... y un estudio reciente (realizado por mi persona) también indica que escribir una opinión positiva es bueno para el alma ;)

A continuación te comparto los enlaces de Amazon donde podrás escribir tu opinión:

[Amazon.com](https://www.amazon.com)

[Amazon.es](https://www.amazon.es)

[Amazon.com.mx](https://www.amazon.com.mx)

Si has disfrutado leyendo No confiaré, te invito a leer los otros relatos de la serie Rebeca Olsen:

No lo permitiré: Rebeca Olsen nº 2

No lo revelaré: Rebeca Olsen nº 3

Los asesinos de Hudson Line: Rebeca Olsen nº 4

Los suicidios de Princeton: Rebeca Olsen nº 5

Los traficantes de Los Ángeles: Rebeca Olsen nº 6

Si deseas leer otra de mis obras de manera gratuita, puedes suscribirte a mi lista de correo y recibirás una copia digital de mi relato Los desaparecidos. Así mismo te mantendré al tanto de mis novedades y futuras publicaciones. Suscríbete en este enlace:

<https://raulgarbantes.com/losdesaparecidos>

Puedes encontrar todas mis novelas en estos enlaces:

Amazon internacional

www.amazon.com/shop/raulgarbantes

Amazon España

www.amazon.es/shop/raulgarbantes

Finalmente, si deseas contactarte conmigo puedes escribirme directamente a raul@raulgarbantes.com.

Mis mejores deseos,
Raúl Garbantes



ÍNDICE

Créditos

Parte I

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Parte II

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Notas del autor